



## ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



### UNA ACTITUD EXPECTANTE

por

«AZORIN»

¿Y por qué esa actitud expectante? ¿Por qué darlo todo a la contemplación y nada a la acción? Hablo de X. Vive X modestamente; no pide nada a nadie. No se entromete en nada. Sus recursos son parcos; pero se atiene a sus recursos. Antes leía mucho; ahora medita más que lee. Y he de comenzar por lo fundamental, en concepto de X: lo fundamental, más que el comer, es el filosofar. Para comer, comer como debemos comer, es preciso filosofar previamente. Se refiere X a la filosofía según la entiende el vulgo; existe, naturalmente, otra más alta filosofía. ¿Y cuál es esa filosofía a juicio de X? ¿Qué sistema filosófico sigue X? Según nuestro amigo, no hay más que dos filosofías; creo que, como X es profano en filosofía —y él lo proclama—, al tratar de este asunto desviaría un tantico. Las dos filosofías fundamentales, únicas, ecuménicas, diríamos, son: el Génesis y la de Benito Espinosa. Todo lo demás son variantes de estas dos filosofías. X gusta de seguir, profanamente, el desarrollo del pensamiento filosófico en el mundo; él cree que, de tarde en tarde, cada treinta o cuarenta años, aparece una hijuela de esos dos grandes sistemas. El Génesis y Espinosa son demasiado graves, demasiado serios, demasiado profundos para ser tratados por las gentes, las gentes elegantes, cultas, selectas, en un salón de té o sobremesa de una comida aristocrática. No se puede hablar en esos lugares de tales filosofías. Y, sin embargo, se necesita hablar de filosofía. La apetencia de lo misterioso lo exige. Aparecen entonces unas variantes, más o menos ingeniosas, de los dos grandes sistemas. Se puede ya, con tales accesorias filosofías, disertar de filosofía. Se puede, en las cátedras, con decoro, sin miedo a la frivolidad, hablar de estas hijuelas; se puede, en los salones de té, en las comidas aristocráticas, hablar también de filosofía, es decir, de estas adherencias, sin temor a la gravedad, a la pesadez, a la pedantería. Y cuando la hijuela filosófica ha cumplido su ciclo, surge otra; X ha visto, a lo largo de su vida, nacer, desenvolverse, acabar dos o tres de estas chicas metafísicas; con verdadera simpatía ha ido siguiendo su evolución; con pena ha contemplado también cómo expiraban. ¿Y podremos aprobar estas fantasías de nuestro amigo? ¿No habrá en todo esto un poco—o un mucho—de ignorancia, de malicia, tal vez, extemporánea?

De la necesidad se suele hacer virtud, como es sabido. Si X vive inhibido de todo, es porque la edad y los achaques no le permiten otra cosa; es ya viejo y achacoso; las fuerzas que tiene las reserva para sus lecturas y sus lucubraciones; digo lucubraciones, es decir, trabajos que se realizan nocturnamente, porque X trabaja exclusivamente de madrugada. ¿Y de qué modo compagina nuestro amigo su vivir sano, su parvedad en la comida, su miedo a las emociones —las emociones que desgastan— con la irregularidad del trabajo? ¿Y qué importa trabajar de noche o de día, si el trabajo que se cumple es eficiente? Complemento de la filosofía, en X, es su gusto por lo sencillo; si filosóficamente X no cree más que en las

dos grandes metafísicas indicadas, esa misma simplificación le ha llevado a sus gustos literarios. Se dice que debe leerse poco; hay que rectificar, según X. Debe leerse poco cuando ya se ha leído mucho. X recibe muchos libros. ¿Y los lee todos? Para saber lo que es un libro basta con pasar la vista por las primeras diez o doce páginas; tal vez hemos aumentado el número de páginas; no se arriesgaría a tantas X. Todo libro tiene su acento; lo percibimos cuando vamos leyendo esas primeras páginas. Y si el acento del libro no nos gusta, ¿para qué vamos a seguir leyendo? Aparte de que no todos los libros poseen acento propio; muchos no lo tienen; sólo lo tienen los libros de los escritores originales. Al gusto por lo sencillo en literatura hemos de añadir, en X, las preferencias en artes plásticas. Comenzó, hace muchos años, por la admiración hacia ciertos pintores: el Greco, por ejemplo, fué uno de sus entusiasmos. No creo que lo sea ahora. Aunque X no ha sido explícito sobre este asunto, presumo, al escucharle hablar de sus visitas al Museo del Louvre, que sus preferencias han variado. Suele decir X que pasaba largos ratos ante las pinturas de Rembrandt. No lejos de este pintor están, en el mismo Louvre, los fastuosos y exuberantes Rubens: los Rubens de la sala Médicis. Y también X hacía largas estadas en dicha sala. Ha leído X recientemente una biografía de Espinosa, en que se proclama el barroquismo de la pintura de Rembrandt; también es barroca la metafísica de Espinosa, la metafísica de la substancia única. No podía sospechar X—se lo hemos oído varias veces—que cuando él estaba en éxtasis, como quien dice, ante *El buen samaritano*, se hallaba entregado, con decisión, con ímpetu, al más pronunciado barroquismo. Claro está que al decir esto sonríe levemente; sonríe y confiesa que no debiera sonreír; acaso—y con esto estamos dentro de su actitud expectante—sería más prudente el callar, sin dar opinión alguna.

Callar, callar discretamente, es la norma fundamental en X. Cuanto más avanza en edad—y está ya en edad muy avanzada—, tanto más siente el desagradar a alguien; siempre, en su actitud expectante, tiene un elogio, privadamente, en carta particular, para el amigo o desconocido que le envía un libro. Y cuando ha de dar en público una opinión, inexcusable, lo hace con todas las salvedades y reservas: reservas y salvedades con relación a algo que no acaba de agradarle, pero que puede ser interesante, bello, magnífico. Su espíritu pugna por sobreponerse a las pasiones; quiere vivir X por encima de lo contingente y efímero. Trata de reducir el mundo y la vida a un esquema esencial. Si lo consigue o no, es cosa que no diremos. En lo esencial, ¿qué lugar cabe a lo episódico y pasajero? En lo esencial ¿cómo podremos dispersar nuestro espíritu? Forzosamente, X, en su labor, empeñada por lo que considera la esencia de las cosas, ha de reducirse a vivir de un modo sobrio; no importa ahora que tenga o no tenga medios X para hacer otra cosa. Si tuviera esos medios, su vida,

a creerle a él, sería la misma. Como si estuviera a una distancia inmensa de lo actual, contempla X el espectáculo de la vida moderna. Cada vez se siente más en posesión de sí mismo. Su salud, con los achaques, con la edad, es como un hilito quebradizo. Y X trata de que no se rompa ese hilo. ¿Cómo lo va consiguiendo? En primer término, por su sobriedad; en segundo término, por su especial terapéutica en los casos de vacilación biológica, es decir, en las dolencias. Para X lo fundamental es la limpieza interior, como él dice. Al llegar a este punto hemos de citar uno de los libros predilectos de X: la *Histoire d'une idée. L'oeuvre de Metchnikoff*, por A. Besredka, profesor en el Instituto Pasteur, París, Masson, 1921. No sabe a punto fijo X cuál es el valor científico de las ideas que se exponen en este libro; pero X juzga de las cosas, no por su objetividad, no por los demás, sino subjetivamente y por lo que él ha experimentado. Hablando el autor de la multitud enormísima de microbios que apositamos en los intestinos, pregunta, con relación a tan gigantesca masa: «¿Ese aglutinado fecal de microbios, tan imponente, recorre el canal intestinal sin dejar rastro en la economía?» La interrogación se la ha repetido muchas veces X. Como resultado de sus meditaciones—y de acuerdo con lo que se asienta en el libro—, X concluye que todos los males, todas las dolencias, todos los achaques provienen de la falta de limpieza en los intestinos. No existirán peligros—o los peligros serán menos—con la mundificación de esta parte del cuerpo humano. Y a eso tienden todos los esfuerzos de X. ¿Esfuerzos o naturalidad? ¿Se esfuerza en esta dirección X o sigue su inclinación espontánea? Al mismo tiempo que X se convertía al vegetarianismo, no por precepto, sino por gusto, caía en sus manos otro libro para él fundamental: *Le jeûne qui guérit*, por el doctor Edward Hooker Dewey, París, Maloine, sin año. Tampoco sabe X el valor científico de este libro; pero no le preocupa; ha llegado él a las mismas conclusiones que el autor. Es sobrio X; pero si no quisiera serlo, no podría. Su capacidad estomacal es muy reducida; cree X que el predominio del cerebro sobre los demás órganos ha motivado tal reducción. Y formula así su creencia, sentencia que otros han dado ya: «Lo que la Naturaleza da por un lado, lo quita por otro.» Nunca, con repleción, ha podido trabajar eficazmente X. Siempre ha tenido temor, al viajar en automóvil, de que el gobernador del coche lo rigiera después de una comida copiosa. El mayor cuidado de X, el de observarse; se dice—y con razón—que quien no se conoce a los treinta años está expuesto

a todos los peligros; X, al repetir la máxima, aumenta el número de años; pongamos que se ha vivido descuidadamente hasta los cuarenta o cincuenta años; ya a tales alturas no podremos—no deberemos—desconocernos. ¿Medicamentos o no medicamentos? ¿Completaremos la actitud expectante con la abstención de medicinas? No llega X a tales extremos. Estando en París, alojado en un hotelito limpio y confortable, el de Buckingham, 45 y 47 calle de Mathurins, tenía enfrente una buena farmacia; siempre ha tenido X simpatía por las farmacias. En ésta de París, frente a su casa, entraba a menudo X. Observaba, con motivo de comprar algo,—la botica era también perfumería—, los medicamentos que, puestos en sus cajitas o en sus tubos, contenía la farmacia. Y siempre acababa por comprar alguno. ¿Y qué hacía con él? Prefería siempre las tabletas o las grageas, ya blancas, ya rosadas. Considerábalas con atención; servían para algo que alguna relación guardaba con su temperamento. Y X, sin vacilar, hacía la prueba. He de añadir algo, que creo indispensable, si he de dar idea aproximada de X. Sobriedad, sí; impasibilidad ante la posible emoción desgastadora, sí; leve sueño, sí. Pero ¿y el cansancio? Pero ¿y la fatiga, cuando allende del cansancio se llega a la fatiga? La fatiga, en el intelectual, la fatiga después de un trabajo gustoso, eficaz, es una especie de agrídulce voluptuosidad. Pero hay algunos momentos en que deseamos partir al campo y llevar una temporada de vida más sossegada. Se cree que con el reposo, con la inacción, nuestras fuerzas habrán de aumentar. Llegados aquí, vamos a exponer otra de las ideas fundamentales de X. Afirma nuestro amigo que sólo con el funcionamiento constante, a plena tensión, del organismo, es como se precaven las enfermedades y se logra una euforia perfecta. La quietud, el reposo, la inactividad, producen un efecto contrario. El vigor en todo momento, la intensidad en todo momento, la plenitud en todo momento, inmunizan con la más eficaz inmunización. Ha repugnado siempre—o por lo menos desde hace ya muchos años—nuestro amigo X el interrumpir con unas vacaciones el trabajo en marcha. El hierro ha de estar siempre candente en el yunque. Y al emplear esta imagen, doy por terminada mi tarea: la doy con un dato curioso, importantísimo, respecto a X. Dice X que es ilícito el usar imágenes en arte literario; la imagen es siempre infiel; la imagen revela que no se tiene fe en las propias escuetas fuerzas; necesitamos algo que, en nuestro razonamiento, nos facilite, con arteria, con engaño, nuestra tarea. Y acudimos al juego sucio, es decir, a las scorridas imágenes.

En las diarreas...

**PP** **Factor** *Vicocrisina*  
**FACTOR ANTIPELAGRA - ANTIDIARRÉICO**

DIARREAS DE TIPO CARENCIAL O DE OTRAS ETIOLOGIAS  
 DIARREAS CRONICAS REBELDES - DIARREAS ESTEATORREICAS  
 SPRUE - DIARREAS TOXICAS DE LOS TUBERCULOSOS - COLITIS ULCEROSA  
 ENTEROCOLITIS CRONICA  
 ALTERACIONES DIGESTIVAS DE CARACTER FUNCIONAL, ETC.

Medio a un comprimido después de cada comida